

“Un poeta lúcido y hermoso, dando a luz a esta mezcla de ensayo, autobiografía y manual de supervivencia, esta novela poderosa, *Marrón cabeza*.”

—Gabriela Cabezón Cámara



emecé

Walter Lezcano

Marrón cabeza

emecé

Esto permanecerá.

JOAQUÍN O. GIANNUZZI

En el origen de cada familia están los mitos que nos inventamos para darle sentido a algo que no lo tiene. Sirven para instaurar un orden en donde reina el caos. Sin las estructuras de la ficción no se puede vivir, nada se entiende. Son los relatos que le dan forma a nuestra propia historia, a lo que sucedió, pero también a nuestra educación sentimental, a nuestro aparato psíquico y a nuestra percepción. Y a la vez, porque siempre están ocurriendo muchas cosas de forma simultánea, se trata del fluir de un tiempo y un ritmo personales metidos en el centro del devenir social. Un tiempo particular (el nuestro) haciendo su recorrido adentro de un tiempo mayor (el de todos). El río yendo al océano, o algo así. Es que las épocas marcan los compases del destino impuesto para un territorio; sin embargo, cada familia —y hasta cada persona— lo baila a su propia y única manera, incluso dando pasos en falso que son movimientos íntimos, tal vez secretos, que tienen su cadencia particular. Intentar recordar de este lado del

almanaque no asegura, necesariamente, arrastrarnos hacia la verdad, solo es una de las tantas versiones de lo que sucedió.

Hay cosas que quiero saber.

Hay cosas del pasado que quiero, o al menos me gustaría, mirar más de cerca.

Siempre viví rodeado de preguntas.

Por ejemplo: ¿cómo era la vida de mi mamá, que nació en 1958, mientras Montoneros ejecutaba al ex presidente Pedro Eugenio Aramburu en Timote, provincia de Buenos Aires? ¿Qué tipo de música le gustaba escuchar en su adolescencia? ¿Qué pensaba ella mientras el país se hundía en la dictadura y había por todos lados secuestros, desapariciones, torturas, robos de bebés, exilios forzados, centros clandestinos de detención y vuelos de la muerte?

Me pregunto estas cosas ahora mismo porque yo nací en esa Argentina desangelada de junio de 1979 en la que la dictadura militar hacía flamear su bandera sanguinaria con una fuerza y un horror que parecían infinitos (y que hoy nos acechan más cerca que nunca).

Vine al mundo en un momento terrible y criminal del país. Esa fue mi situación, mi realidad. Son esa clase de cosas, como tantas (la familia, la generación, el signo del zodiaco, la clase social), que no se eligen. Toca lo que toca en la ruleta de la suerte celestial, buena o mala, no importa, se acepta de cualquier manera. La realidad te obliga a aceptarla a la fuerza.

La realidad no desaparece por más que la rechaces. La realidad tiene la cualidad arrogante de persistir.

Pero comienzo por otro lado, aunque podría empezar por cualquier parte y sería lo mismo. Nuestra historia personal es un animal indisciplinado que domamos como podemos, y no siempre alcanzan las palabras. Hay que intentarlo.

Entro por acá.

En el principio de mi viaje con la literatura estuvo esa pista de despegue llamada lectura, por supuesto. Todos empezamos desde ese lugar, con los ojos, aprendiendo a mirar, intentando la decodificación o la traducción, tratando de entender, y esa es la primera violencia extrema a la que nos enfrentamos, ¿por qué carajos salimos del tranquilizador vientre materno y dejamos atrás el bellissimo líquido amniótico? La vida empieza con la expulsión del paraíso. Desde ese momento, todo es en picada.

La lectura fue la llave —¿o más bien el Tramontina de bordes oxidados?— que abrió la puerta del archipiélago más increíble de todos, la literatura, que rápidamente me di cuenta de que tenía el tamaño inmenso de un mundo.

Me parecía demencial, es decir, imposible de racionalizar o comprender con mis pocas herramientas, que algo así como la lectura, tan simple y tan compleja a la vez, estuviese a mi alcance. Muy pronto entendí que era una de esas cosas que portan la marca indeleble de lo definitivo, cosas que son determinantes y que

me van a acompañar hasta el final, hasta que alguien apague la luz o baje la persiana.

Cuando no tenés demasiado, ni linaje ni familia ni propiedades ni dinero ni perspectivas de un buen futuro, esta clase de hallazgo te salva y te rescata como casi ninguna otra cosa. Cuando no tenés nada hacia atrás, tu terreno es todo lo que está hacia adelante.

Leer.

Suena hermoso, y tintinea como una melodía encantadora que queda dando vueltas en tu cabeza.

Esas cuatro letras juntas generan una resonancia increíble, ancestral, que parece venir desde muy lejos, de lo atávico, de lo propio de la especie humana.

Suenan, esas cuatro letras juntas, a promesa y encantamiento, a un paraíso cercano y posible de alcanzar.

Así es.

Pero, en este suelo que pisamos algunos, nada es tan sencillo ni lineal. Todo tiene un contexto. Y, a veces, resulta arduo incluso hasta cuando solo estamos tanteando con la punta de los dedos con timidez desde lejos.

Voy.

Mientras yo estaba arrancando con eso de la lectura, a mamá, su pareja, que no era mi papá (yo conocí a mi papá recién a mis 40 años, después voy a hablar de esto), no paraba de pegarle. Con cualquier excusa, en cualquier momento y de cualquier forma. Así es como se alimentan las pesadillas: de la realidad más lacerante, de ver de cerca el mal que quema.

También me pegaba a mí.

Cuando alguien te pega siendo tan pequeño, tu vida ya empieza a ir por carriles distintos a los del resto, los de los cuerpos que no son golpeados.

Esa puede ser una posible división de las personas que dan vueltas por este mundo: quienes recibieron violencia física desde el comienzo y quienes no la recibieron. Esa división configura tu matrix.

Y este tipo, además, le pegaba a su hijo, que tenía mi edad. Un pibe que ni bien me vio sintió que yo quería ocupar su lugar de hijo querido por su padre y esa desesperación (el miedo devora a quien lo siente) hizo que no dejáramos de pegarnos entre nosotros. La violencia se aprende y se entrena de esta manera: al enfrentar ciertos niveles de terror te tenés que volver, necesariamente, un poco terrorífico para no ser masticado por la situación.

La pareja de mamá era una persona que medía un metro ochenta, una dimensión física que da una idea de la fuerza de esos golpes y las marcas que podían llegar a dejar en quienes estábamos cerca de sus manos.

En ese entonces vivíamos en la casa de este tipo (aunque el terreno lo habían comprado en partes iguales con mi mamá) y parecía que no había escapatoria. El horror genera en la mente ese espejismo: te hace creer, por la potencia incendiaria del miedo a ser golpeado con mayor intensidad cada vez, que nunca vas a poder salir ni escapar de ese pozo ciego.

Muchos años después, pude escribir un poema al respecto. Se llama «Larga distancia» y está en el libro *23 patadas en la cabeza*, que empieza con estas palabras:

La vez que vi
cómo mi padrastro
arrastraba a mi vieja por el piso
y yo sabía
que había un arma en la mesita de luz de él.

Esa es una imagen de ese momento de mi infancia que no pude hablar con nadie. Ni siquiera con mis dos hermanas, ni siquiera con mis parejas, ni siquiera con mis amistades. Hasta que llegué a ponerlo en un papel con la estructura visual de un poema.

Me sorprendió cuando lo terminé y lo leí. Fue de esos poemas que se escriben muy rápido porque hace mucho que conviven con uno y solo están esperando el momento preciso para hacer su aparición y encarnarse. Son poemas que se paran de manos enseguida en el papel. Quería, me parece, que ese dolor —ese silencio— parara de crecer adentro de mí, y plasmarlo fue una manera de lograrlo.

No fue expresión ni catarsis, se trató de una forma primitiva de supervivencia, de alivio, y, claro, de exploración, porque también se escribe para saber si es posible escribir. No tiene que ver con lo terapéutico, se pone en juego algo que tiene más que ver con la alquimia y la transmutación, es decir: hacer con el

espanto *otra cosa* (una escritura, por ejemplo), pero algo funcionó en ese sentido, en el de la reparación.

Pensé, entonces, que estaba frente a un gran descubrimiento, otro más: en la poesía se habla de cosas que no se pueden hablar con nadie. Y se le ponen palabras, luego de una conquista épica y extrema (sin esa ficción íntima y exagerada es imposible sentarse a escribir), a lo indecible. La poesía es una pala que sirve para cavar en la tierra yerma hasta el fondo a ver qué se encuentra. No siempre es agradable, siempre es emocionante. Pero para eso falta todavía. Primero fueron muchos muchos años de lectura constante, anárquica y cotidiana antes de animarme a escribir mi primera palabra propia en un cuaderno.

La lectura fue la acción *primal* y originaria.

Vuelvo a ella.

Digámoslo de esta forma un tanto dramática para que se comprenda: la lectura me lo dio todo cuando estaba desprotegido en medio de la intemperie.

Y, por otra parte, funcionó como parteaguas en mi vida.

Creo, sinceramente, que mi vida real empezó con la lectura. No sé qué era eso que había antes de ella. Solo puedo decir que mi existencia, tal como la concibo hasta el día de hoy, es fruto de ese envión: empezar a leer.

Antes de la lectura y después de la lectura. Así podría dividir mi vida: AL/DL.

¿La lectura fue mi Cristo?

Vuelvo.

En ese clima de violencia asfixiante y opresiva que fue una parte de mi infancia en una casa que se nos volvía ajena y con un padrastro que arrasaba con cualquier alegría, yo agarré la lectura y no la solté. Fue amor a primera vista.

¿Pero cuándo empezó?

Ahí voy con eso.

Acá aparece el primer mito.

Mamá me contó hace ya mucho tiempo, y creo que nunca más volvimos a mencionarlo porque no somos de esas familias que se la pasan recordando, que aprendí a leer solo antes de arrancar la escuela primaria. ¿Cómo era posible si en esa casa no había ni biblioteca ni libros ni —mucho menos— lectores? ¿Es cierto o me lo inventé?

En esa época vivíamos en una casita mal hecha (dos habitaciones, una cocina, un baño, un patio) que estaba en la esquina de una calle cortada en el partido de Morón, en el oeste de la provincia de Buenos Aires, ahí donde Divididos dice que está el agite.

Era a principios de los ochenta, una época donde no había celulares ni internet ni televisores inteligentes, solo una radio y una tele en blanco y negro. Veníamos, con mamá, de un largo viaje desde la provincia de Corrientes, y después nuestro viaje seguiría. De eso voy a hablar más adelante.

Esto de ser mi propio maestro en la lectura es una de las tantas historias de origen que tengo en el pronuntuario de mi vida.

Hay otros.

Pero quisiera empezar por este porque creo que es una puerta, o una ventana, que lleva a las demás.

Como la única testigo de mi inicio solitario con la lectura fue mi mamá, pienso que hablar con ella va a ser lo mejor para que me cuente cómo ocurrieron las cosas y, más que nada, qué es lo que ella recuerda. Llegar a la verdad sobre mi pasado. Es data de prime-rísima mano.

Pero hay un problema.

Mi mamá siempre resultó áspera para las confesio-nes y la intimidad del diálogo. Constantemente se negó a revisar su historia y cuestiones de su pasado, incluso si ese pasado me incluía o tenía que ver conmigo. Se lo guardaba y no quería abrir la puerta a ese sótano. Era información que no le interesaba compartir (nunca me dijo por qué) y, cada vez que le preguntaba alguna cosa de esas del inmenso ayer, ella me echaba con brusque-dad, hastío y muy molesta. Me sacaba cagando. «¿Qué, sos policía ahora?», me preguntaba. En nuestra fami-lia, decirle «policía» a alguien es un insulto grave. O, más adelante cuando yo ya trabajaba en el periodismo cultural, me tiraba: «No te hagás el periodista conmigo y dejame de joder». Dardos muy efectivos que lograban alejarme y me dejaban sin nada de lo que había ido a buscar. Me desalentaba.

Y logró que, de a poco, abandonara mis preguntas.

Aunque nunca desterré del todo la curiosidad por saber esas cosas que no me quería contar.

En un momento dejé de insistir, porque siempre pensé que hay preguntas que quizás nunca tengan respuestas y está bien que así sea. Esto me recuerda uno de los pocos consejos —tal vez el único— que me dio mamá: «Walter, hacé lo quieras con tu vida, pero nunca seas rompelotas con los demás». Sentí que si le seguía insistiendo me iba a convertir en lo que menos quería convertirme: un rompelotas. Y eso me parecía el fondo de olla existencial en el que no quería caer.

Ahora que ya estoy grande me doy otras explicaciones.

Me gusta pensarlo de esta manera: mamá es parte de esa generación de mujeres migrantes dentro de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX que fueron obligadas a trabajar desde muy pequeñas (los pobres somos fuerza de trabajo desde muy temprano, lo que permite que los hijos de los ricos nunca dejen de vivir entre algodones) y que tenían que estar con todos los radares prendidos y en una alerta incesante todo el tiempo porque se las arreglaban solas para enfrentar la existencia si querían sobrevivir. Esto es literal, no una forma de decir. Esas vidas, esos cuerpos, siempre estaban en riesgo. Su instinto, el que mamá construyó a la fuerza, es de lucha constante y sin fin. No conoció otra manera de encarar la vida más que bajo la sintaxis y la estructura de la guerra, donde si no atacás te someten sin derecho a réplica. Y creo que, por eso mismo, no confió nunca en el diálogo como forma de conocimiento o entendimiento o modificación interna. En su

caso no había cura a través de la palabra: «Nunca hice terapia, no creo en las terapias», me dijo varias veces y me lo repitió hace poco con decepción o desprecio.

Siempre se manejó en el plano de las acciones, los hechos; lo que se hace y no tanto lo que se dice.

Miraba hacia adelante como una yegua desbocada y galopante sin ningún establo al que volver. Su viaje tuvo más que ver con la búsqueda de una casa propia que con el mítico regreso al hogar.

Mamá siempre sintió que no tenía ningún terruño al que volver, que su vida estaba abocada a encontrar, en un afuera cada vez más distante, su propia geografía. Un lugar solo de ella y para ella.

Aprendió a reinventarse a los tumbos, a renacer a los ponchazos, equivocada o no; solo sabía continuar su propio presente, expandirlo, extenderlo. Seguir su deseo de encontrar su propio suelo donde nadie la molestará.

Creo comprenderlo: solo estaba buscando un poco de paz. En realidad no quería una casa, quería un pequeño terreno donde estar tranquila, la calma, que muy pocas veces había tenido y experimentado, tener algo a su nombre.

Mamá es parte de esa generación que siempre soñó con tener un suelo «donde caerse muerto». Si no tenía eso, si no era dueña de una casa, así era la cosmovisión de mamá, su vida no tenía ningún valor porque siempre estaba sujeta a que la pudiesen «patear y echar como a un perro» (madre *dixit*).

Me parece ver que ahí hubo un primer corte con la forma en la que vivía mi mamá: yo me propuse jamás sufrir por no ser propietario, ni tampoco busqué serlo y acepté con naturalidad (no me lo cuestioné ni un segundo, fue aceptación zen cabeza) que nunca iba a ser dueño de nada.

Puedo visualizar que de esta confrontación de ideas sobre la dueñidad —el anzuelo, el ancla— de una casa surgieron dos poemas que me mostraron un camino posible para la escritura. Uno que se llama «Mi vieja todavía no tiene casa», que habla de ese deseo irrefrenable de mamá —¿fue su mayor aspiración, su *master plan*?— de tener un techo y empieza así:

Mi vieja todavía no tiene casa.
No es que viva en la calle
es que todavía no es dueña de ninguna de esas
propiedades
que la gente llena de cosas inútiles
y les dice hogar.

Mi vieja alquila
y putea cada día de su vida
porque siente que tira la plata
que la desperdicia
que la regala.

Por el tremendo sufrimiento que vi en ella a lo largo de su vida por no ser propietaria (un tipo de dolor y

acoso mental muy de esta época, muy contemporáneo, que por otra parte no se puede comparar con ningún otro padecimiento y, a la vez, representa una forma de tortura y agonía que puede destruir una vida), yo me juré que jamás me iba a dejar atrapar por esa sensación aplastante. No deseaba ser el ratón en la trampa de un sistema injusto y desigual, o por lo menos no hacérsela tan fácil entregándole mi estado de ánimo. No quería que ser inquilino fuera la causa de toda mi neurosis y pena y miseria absolutas. Tenía que aceptarlo y pasar a otra cosa. Una decisión que puede liberar espacio en la cabeza y que, increíblemente, me hizo bien —esto lo puedo ver recién ahora, cuando estoy de este lado del tiempo— para escribir.

Por eso, muchos años después, hice un poema que se llama «Generación alquiler» y arranca así:

¿A qué edad te fuiste de tu casa?
Yo me fui cuando tenía 17 años.
Desde entonces
todos los meses
pago mi libertad condicional.

Me gusta mucho ese epígrafe de un libro de Barthes:
«La única pasión de mi vida ha sido el miedo».
Los que alquilamos sabemos lo que eso significa.

Es un poema que tiene una suerte de espíritu descriptivo y a la vez busca confrontar con algunas ideas sobre la vida adulta en el siglo XXI latinoamericano (el alquiler, por ejemplo) que yo no veía en la poesía de mis contemporáneos, donde llevamos vidas signadas por la fugacidad y la falta de certezas, en perpetuo movimiento, sin hacer mucho pie en ningún lado. Como si la idea de hogar no existiera para gran parte de los que, en ese momento en el que escribí el poema, estaban llegando a los 40 o ya los habían pasado.

Entre estas dos concepciones, la importancia y valoración de tener o no un techo, se cifra la primera distancia con mi mamá sobre una forma de ver el mundo porque el mundo, mientras yo crecía a fines de los ochenta y en los noventa, ya era irreversiblemente otro (y cambiaría mucho muchísimo más). Y ella siempre vivió en su mundo, más allá de lo que pasara afuera.

Mamá decidió que no había nada para ella en el pasado y que la vida era hacia adelante, solo hacia adelante, y de cualquier manera. Es un poco como Don Draper de *Mad Men*, pero sin el cigarrillo.

En eso me identifico con ella, o al menos lo intenté: me propuse tratar de olvidarlo todo a medida que las cosas iban sucediendo, empujarlo y barrerlo debajo de la alfombra y construirme siempre en una perspectiva de futuro, como si solo ese mañana hipotético tuviese trascendencia para mí. No quería retener nada, no quería quedarme con ningún paquete entre las manos o que me pesara en la cabeza (luego entendés que eso es

imposible porque la mente es un fichero que almacena todo y te lo tira encima cuando menos lo esperás o en los momentos menos oportunos).

Pero el tiempo pasa para todos. Y a mamá le ocurrieron dos cosas que la modificaron un poco.

La primera.

Logró ser dueña de una casa propia gracias a la donación (le cedieron el departamento donde vivían) de un matrimonio de ancianos que ella cuidó con abnegación y entrega hasta que murieron. Gracias a este gesto pudo dejar de alquilar, algo que la descosía de angustia, le destruía los nervios, le cagaba el ánimo, le deformaba la cara.

La segunda.

El nacimiento de sus dos nietas, mis dos sobrinas, hijas de mi Hermana del Medio, ahora que pisa los 70 y por primera vez se siente en paz con ella misma y con lo que la rodea, y convive con una pareja a la altura de sus necesidades y de ella misma. Por lo tanto, no tiene que estar con la guardia en alto a cada segundo del día.

Estas dos cosas la modificaron un poco, le limaron las asperezas y le dieron una renovada luminosidad que le permitió plantearse algunas dificultades de su carácter, sus modos y su reticencia al diálogo.

No está más dócil, pero empezó a permitirse las demostraciones de afecto.

Mamá se calmó un poco, solo un poco.

Y yo, ahora, viéndola así, vuelvo a la carga con mis preguntas sobre el pasado. Me interesa la verdad.